

PSICOLOGIA, DIALOGO Y PAZ EN EL SALVADOR

Departamento de psicología y educación

Introducción

De creer el discurso oficial que persistentemente transmiten los medios de comunicación masiva de El Salvador, la psicología estaría jugando un importante papel en el conflicto civil. Cada vez con más frecuencia se habla de la "guerra psicológica" (ver Watson, 1978) y, en la presentación del programa de contrainsurgencia "Unidos para reconstruir," a la psicología y a los psicólogos se les asignan unas tareas aparentemente centrales.

Es posible que este discurso psicologista sea parte de la misma "guerra psicológica," y que la importancia otorgada a la psicología sea parte de la mixtificación ideologizadora mediante la cual se trata de ocultar la realidad y los intereses dominantes en el proceso. Con todo, el conflicto salvadoreño ha sido conceptualizado por el gobierno norteamericano como el prototipo de un conflicto "de baja intensidad," eufemismo con el que se ampara una guerra que no requiere la utilización masiva de la maquinaria bélica estadounidense, pero que alcanza a todos los campos de la realidad, a todos los sectores y personas, y aun a todos los aspectos de la existencia humana, como heredera que es de la doctrina de "seguridad nacional." De ahí que, en esa pretensión de

llegar a todos los ámbitos y rincones, de ganar no sólo las batallas, sino también los corazones, si se espera un aporte significativo de la psicología.

Pero si a la psicología le toca jugar un papel aparentemente significativo a la hora de hacer la guerra, cabe preguntarse si también le toca desempeñar alguna tarea a la hora de buscar la paz. En otras palabras, ¿existirá algo así como una paz o pacificación psicológica equivalente, aunque en dirección opuesta, a la guerra psicológica? ¿Pueden o, mejor, podemos los psicólogos hacer algún aporte en la búsqueda de la paz, al menos un aporte no menos significativo que el que se quiere que hagamos en el desarrollo de la guerra?

Las reflexiones que se presentan aquí tienen un objeto más limitado e inmediato: examinar la posible contribución de la psicología a la realización de un diálogo de paz en El Salvador. Con todo, parece necesario ubicar este proceso en su contexto más amplio, que es el de la guerra y la paz. De ahí las tres partes en que se dividen estas reflexiones: (1) problemas psicológicos para la realización del diálogo; (2) problemas psicológicos para el logro de la paz; y (3) aportes psicosociales en la búsqueda de la paz. Dada la naturaleza del presente trabajo, las ideas quedan planteadas en forma esquemática.



1. Problemas psicológicos para la realización del diálogo

A fin de llegar a un diálogo por la paz y poner en marcha un proceso de negociación que logre el fin de la guerra, hacen falta por lo menos cuatro condiciones psicológicas: (a) que ambos contendientes consideren el diálogo como un proceso adecuado y/o necesario para el logro, al menos parcial, de sus propios ideales y aspiraciones; (b) que cada uno acepte al enemigo como un interlocutor legítimo y válido; (c) que ambos cuenten con un conocimiento profundo de los problemas en juego; y (d) que dispongan de poder para tomar decisiones vinculantes.

A cada una de estas condiciones para entrar en diálogo se opone una dificultad psicológica: (a) a la valoración del diálogo como un proceso adecuado para el logro de los propios objetivos, se opone la concepción del diálogo como simple instrumento táctico; (b) a la aceptación del enemigo como interlocutor legítimo se opone la polarización grupal y el estereotipamiento del contendiente; (c) al conocimiento profundo de los

problemas se opone su visión superficial e ideologizada; y (d) a la capacidad de decisión se opone el aislamiento debilitador y/o radicalizador de los grupos enfrentados. Examinemos uno por uno estos cuatro obstáculos psicológicos.

1.1. El diálogo como táctica

En los momentos actuales, el diálogo parece ser considerado por el gobierno y la Fuerza Armada (FA) como un elemento táctico de su guerra de contrainsurgencia, mientras que para los insurgentes del FMLN-FDR constituye un elemento estratégico, aunque de menor importancia y supeditado al elemento estrictamente militar (ver Villalobos, 1986). Esto significa que, aun cuando ninguna de las partes rechace el diálogo como instrumento político para lograr la paz, ambas tienden a verlo todavía desde la perspectiva de una eventual victoria militar, que consideran alcanzable y, por tanto, no experimentan ninguna urgencia por sentarse a la mesa de conversaciones. En otras palabras, militarmente ambas partes consideran que el tiempo está a su fa-

vor. Sin duda, esta afirmación se aplica más plenamente a la parte gubernamental, a la cual la embajada norteamericana y el alto mando de la FA han convencido de que, estrictamente hablando, "ya ha ganado la guerra," y que sólo es cuestión de tiempo controlar los últimos reductos rebeldes.

Esta visión del diálogo como parte de un proyecto fundamentalmente militar reduce a límites mínimos su viabilidad y hace que, mientras la evaluación sobre la marcha de la guerra sea optimista para el propio bando, no se sienta la urgencia de ponerlo en marcha. Así se entiende, por ejemplo, el que, tras Ayagualo, en noviembre de 1984, tuvieran que transcurrir casi dos años para que el presidente Duarte viera suficientes motivos como para estimar oportuno convocar a una nueva ronda de conversaciones. Y así se entiende, también, la relativa facilidad con que el anunciado nuevo encuentro de Sesori se frustró cuando entró en juego un interés de carácter político-militar. Se consideró que la militarización o desmilitarización temporal de un área era prioritaria sobre la realización del nuevo encuentro, lo cual confirma que el diálogo no ocupa un primer lugar en la jerarquía instrumental de ambos contendientes y que, como medio para la paz, sigue subordinado a las exigencias bélicas (Nuevo estancamiento, 1986).

Así, pues, el papel asignado al diálogo hace que cada uno de los contendientes conciba unas expectativas sobre lo que se puede y lo que no se puede lograr en él, lo cual limita y condiciona el interés con que se busca, los esfuerzos que se dedican a su realización y la flexibilidad con que se acude eventualmente a él. Estas expectativas se combinan con la creencia de lo que el adversario espera o desea obtener en el diálogo así como sobre las posibles "cartas ocultas" que en él juega o piensa jugar, cerrando de este modo el horizonte a ideas o perspectivas diferentes. El estrechamiento del campo de conciencia en el cual se sitúa el diálogo, la rigidez de los esquemas mentales con que se le analiza, impide que los contendientes busquen propuestas alternativas y que establezcan una jerarquía de objetivos que les permita diferenciar lo negociable de lo no negociable. La rigidez mental es la premisa de la rigidez comportamental (¡y de la agresión violenta!), y lleva a asumir posturas aprióricas e inflexibles en puntos intrascendentes o secundarios que abortan toda posibilidad de acuerdo inicial y de progreso ulterior.

1.2. La polarización grupal

Sería un error psicologista afirmar que las causas de la guerra radican en las actitudes de las personas o en sus simples concepciones ideológicas. La guerra civil de El Salvador echa sus raíces últimas en las estructuras de injusticia y opresión, de explotación económica, marginación social y represión política que han abrumado históricamente a la mayoría del pueblo salvadoreño. Sin embargo, sería incurrir en un error equivalente negar el papel que los factores subjetivos desempeñan en todo conflicto. La contraposición de los intereses propios de los grupos sociales opuestos no es sólo objetiva, sino que la conciencia sobre esos intereses y su incompatibilidad (real o imaginaria) genera actitudes contrapuestas, que operativizan la rivalidad y articulan la confrontación.

Se ha probado que las actitudes de rivalidad social, por su propio carácter, tienden a extremarse, es decir, a volverse cada vez más "puras" y consistentes, aumentando las ideas o creencias que confirman el juicio acerca del rival y del conflicto, e incrementando la magnitud de los sentimientos al respecto (ver Doise y otros, 1980; Morales, 1985). En El Salvador, estas actitudes se han ido agudizando, volviéndose cada vez más negativas frente al adversario. Así, sobre la dificultad objetiva de los intereses contrapuestos, se monta la dificultad subjetiva de actitudes que agrandan el abismo y fortalecen la convicción de la insuperabilidad de las discrepancias. Cuando las actitudes llegan a un punto crítico, el único comportamiento posible frente al rival es la agresión violenta, y la única alternativa aceptable es su rendimiento o su eliminación. En otras palabras, la guerra.

Al extremarse las actitudes de los grupos contendientes, la sociedad salvadoreña se ha visto sometida a un proceso de polarización que reclamaba y sigue reclamando la definición y aun el compromiso de cada individuo con unos u otros (Martín-Baró, 1983). Este proceso de polarización social dificulta la convivencia, bloqueando la comunicación y mucho más la comprensión entre los diversos grupos. Desde una perspectiva polarizada, el diálogo no sólo es difícil, sino que es visto como una verdadera traición al propio grupo y a sus intereses.

Como las personas polarizadas que se encuentran en cada uno de los polos tienden a rela-

Si la polarización grupal quita legitimidad al contrario como posible interlocutor, la percepción estereotipada del enemigo lleva a considerarlo como un interlocutor inválido.

cionarse entre sí, las unas confirman y refuerzan la actitud de las otras. Desde la perspectiva del grupo polarizado, la realidad pasa por el filtro de los propios esquemas cognoscitivos y por la aduana de los propios intereses, convertidos en fuertes sentimientos. De este modo, la polarización grupal se alimenta y retroalimenta continuamente por la percepción selectiva de todo aquello que la refuerza: se ve únicamente aquello que confirma las propias ideas y juicios, con lo cual se validan los prejuicios, se verifican las ofensas reales o imaginarias, se magnifican los traumas y se mitifican los resentimientos. Pero no sólo se vuelve selectiva la percepción; se llega incluso a la distorsión de la realidad, particularmente de lo que el enemigo es y hace (Finley y otros, 1976). De ahí que la polarización fundamente una desconfianza permanentemente confirmada por una visión parcial o distorsionada de la realidad. El mundo queda dividido entre "nosotros" y "ellos," identificados nosotros con "los buenos" y ellos con "los malos" en forma apriórica y sin matiz alguno. Desde una postura polarizada, el juicio perceptivo, es decir, el identificar a un objeto o persona como de "nosotros" o de "ellos," arrastra al juicio ético: si es de nosotros es bueno, si es de ellos es malo. Se produce el conocido fenómeno de la "imagen especular": ambos contendientes se ven a sí mismos en los mismos términos positivos y al rival en los mismos términos negativos, lo cual no quiere decir que la percepción mutua sea igualmente irreal o ideologizada, ya que es posible que la imagen refleje realmente mejor a un grupo que otro (ver Bronfenbrenner, 1961; White, 1966; Martín-Baró, 1983).

Si la polarización grupal quita legitimidad al contrario como posible interlocutor, la percepción estereotipada del enemigo lleva a considerarlo como un interlocutor inválido, ya que constituye la encarnación de todos los males, y a nada bueno puede conducir el dialogar con la personificación del mal; la realidad del "enemigo" sólo admite su eliminación.

1.3. Desinformación

Un tercer obstáculo psicológico para el diálogo lo constituye la desinformación acerca de

los términos del conflicto y su evolución, así como de los problemas en juego. Este punto se vincula con el primero: el análisis que muestra que una de los dos contendientes está ganando la guerra representa una seria distorsión o ideologización de los datos. Por supuesto, aquí habría que distinguir entre el discurso que cumple una función propagandística (incluidos los partes de guerra), y el conocimiento que ambos contendientes puedan tener sobre la realidad misma. Pero no siempre aquellos que se encuentran a la cabeza de los contendientes tienen suficiente acceso a los datos de la realidad, los cuales son filtrados a través de los sucesivos escalones informativos o por quienes se constituyen en "guardianes de la ortodoxia" (ver Janis, 1972). Es sabido, además, que uno de los efectos psicológicos de un clima ideologizado es la tendencia a vivir en un ambiente de penumbra cognoscitiva, donde a fuerza de intentar convencer a otros, las personas terminan creyéndose sus propias mentiras (ver Poirier, 1970). En estas condiciones, es difícil apreciar la gravedad de las condiciones sociales, lo trágico de las consecuencias de la guerra, que hacen imperativo buscar el diálogo como medio alternativo para la paz.

Pero si cabe pensar que, con frecuencia, los propios contendientes carecen de una debida información y/o apreciación sobre la marcha del conflicto, muchísimo más grave es la falta casi permanente de conocimiento del resto de la población salvadoreña. Existe una seria desinformación acerca del conflicto y su marcha, sobre todo en lo concerniente a un balance objetivo de los hechos y sus consecuencias, de los actores y sus planteamientos. Esta falta de conocimiento no sólo imposibilita un análisis adecuado de la situación y una toma más racional de decisiones, sino que abona el simplismo ideológico, la intransigencia dogmática y la irracionalidad política.

Algunos de los principales medios masivos de comunicación contribuyen activamente a la desinformación mediante informaciones sesgadas, distorsionadas o falsas, y el manejo de estereotipos emocionales para el tratamiento de todo lo relativo a la guerra, en particular de todo lo que concierne al FMLN. Así, en lugar de propi-

ciar la despolarización mediante una comunicación lo más objetiva posible, los medios de comunicación social alimentan la desinformación polarizadora, que deja poco espacio para la comprensión racional y el acuerdo civilizado (ver, también, Yanme, 1986).

1.4. Aislamiento de los contendientes

Ante la polarización de los grupos contendientes y los costos de involucrarse en el conflicto, una buena parte de la población salvadoreña ha optado por evadir todo tipo de compromiso, mediante una consciente desidentificación con unos y otros. Por supuesto, el miedo e incluso el terror, bien justificado, por cierto, ha jugado y sigue jugando un papel muy importante en este alejamiento intencional. Pero hay también otros factores que llevan a las personas a intentar salirse del marco de la confrontación: desengaño sobre los grupos o sobre la viabilidad de sus objetivos, hastío por las consecuencias de la guerra, cansancio por los niveles de tensión exigidos, desacuerdo por los métodos empleados, conflictos interpersonales u otras circunstancias, individuales o familiares, que inducen a buscar otros horizontes. Los contendientes se encuentran así dejados a su arbitrio, sometidos únicamente a la presión de aquellos sectores más polarizados, que sí toman partido y hacen pesar sus intereses en la contienda. La ideologización consiguiente hace que intereses minoritarios se identifiquen con los intereses de todos, y que el nacionalismo llegue a definirse como bandera de militarismo e intransigencia.

Entre los intereses que se hacen presentes en la parte gubernamental, Estados Unidos se ha vuelto hegemónico, amparando el ejercicio de su poder económico, político y militar, con el argumento ideológico de la connaturalidad de su presencia en El Salvador (como defensa de su seguridad nacional) y de la presunta presencia invasora de los intereses "rusos" en la parte insurgente. La dependencia de Estados Unidos impide así una percepción más clara de los intereses nacionales y de las políticas más convenientes para el bien del pueblo salvadoreño. La derechización cada vez más notoria del Partido Demócrata Cristiano en el poder, el ascenso a la cúpula de su sector más duro (pero no más inteligente), la creciente marginación de los miembros más progresistas, el desmembramiento de su base de apoyo popular (la UPD), parecen ser algunas de las consecuen-

cias de esta pérdida de autonomía. Nada de extrañar entonces que, a la hora de las decisiones, el presidente Duarte tenga que hacer a un lado el diagnóstico sobre el origen de la guerra propio del PDC y atenerse al diagnóstico del gobierno Reagan, casi en términos literales.

El aislamiento de los contendientes hace que las presiones principales que reciben los empujen a la victoria militar y no al diálogo, mientras se diluye la exigencia de los sectores mayoritarios del pueblo salvadoreño de poner un pronto fin al conflicto por medios políticos.

2. Problemas psicológicos para la paz

Todos los elementos anteriores dificultan directamente la realización de un diálogo que ponga término al conflicto armado así como bloquean la búsqueda de la paz en su sentido más profundo. Pero hay, además, otros aspectos que impiden el establecimiento de aquellas condiciones sociales que posibiliten una convivencia



pacífica y que van más allá de la realización del diálogo.

2.1. La insatisfacción de las necesidades básicas

La fuente última y continua de malestar social se encuentra en la permanente, masiva e injusta insatisfacción de las necesidades más básicas de la mayoría de la población salvadoreña. Sobre este punto, que no compete directamente a la psicología, no puede haber muchas dudas.

Sin embargo, sobre el hecho objetivo se construye la vivencia subjetiva. Ciertamente no es El Salvador el único país del mundo donde las mayorías populares no encuentran respuesta mínima a sus necesidades básicas. Pero, en el caso salvadoreño, la insatisfacción resulta tanto más hiriente cuanto que se vuelve ofensa social día tras día: dada la pequeñez del territorio nacional, la ostentación del estilo de vida que hacen gala las minorías privilegiadas así como la labor publicitaria, directa e indirecta, de los medios de comunicación los cuales ponen de relieve continuamente las abismales diferencias entre quienes no tienen nada o casi nada, y aquellos que pueden despilfarrar todo o casi todo. La injusticia objetiva se convierte así cotidianamente en agravio subjetivo, que hiere la sensibilidad y promueve el inconformismo, la protesta y la rebeldía. El revulsivo revolucionario más poderoso que existe en El Salvador lo constituye el propio estilo de vida de los sectores burgueses. De ahí que el mero hecho de expresar la realidad tal como es se convierte en una acción subvertidora de conciencias: conscientizar sobre la realidad es subvertir el orden establecido.

Los datos no permiten ser optimistas sobre las posibilidades económicas del país. El Salvador es pobre y ni siquiera un aprovechamiento integral y una distribución equitativa de sus bienes va a permitir una satisfacción adecuada de las necesidades de la mayoría de su población, al menos en un plazo previsible. Pero el punto está en no aumentar el déficit nacional con la injusticia social, en no permitir el lujo o despilfarro a costa de la necesidad básica. Se trata, por tanto, de ponerse en camino, repartiendo equitativamente los costos de la situación de pobreza y de cualquier proceso de desarrollo socioeconómico. Por ello, mientras no haya una política que dé prioridad a una satisfacción mínima de esas necesidades básicas, el descontento será permanente y

la violencia, una alternativa. La insatisfacción social es causa de malestar, no de revolución; pero la insatisfacción objetiva unida a la conciencia subjetiva de injusticia resulta una mezcla permanentemente explosiva.

Junto a la insatisfacción de las necesidades básicas, consecuencia del ordenamiento socioeconómico existente en El Salvador, hay otras condiciones psicosociales que impiden una convivencia en la paz. Quizá la más significativa de esas condiciones sea la marginación social. El ordenamiento sociopolítico salvadoreño se articula en el eje de unos sectores minoritarios de la población, que son los que participan activa y pasivamente en el funcionamiento del sistema. El resto de la población se ve marginada, lo cual no quiere decir que forme un sistema o subsistema social aparte, sino que se encuentra integrada al sistema existente como marginada. Su participación es, por tanto, circunstancial y secundaria, en los bordes del sistema productivo, cultural o político: realizará trabajos temporales, apenas completará 2 ó 3 años de escuela primaria y su quehacer político se limitará a depositar eventualmente un voto por el partido que le exija el patrón o el comandante local. La marginación no constituye en sí misma un semillero de violencia, pero sí de rechazo al sistema establecido. Un sistema marginante no es, ciertamente, un sistema democrático en su sentido más profundo, ya que no permite a amplios sectores de la población participar en la determinación de su destino. Cualquier intento de esta población por organizarse o por tomar en sus manos su propia existencia, chocará con las estructuras vigentes, convirtiéndose en fuente de permanente conflicto.

2.2. Efectos objetivos de la guerra

La propia guerra va produciendo destrucción y muerte, las cuales son incorporadas por las personas como reivindicaciones históricas que deben ser atendidas. No cabe pensar que las graves violaciones a los derechos humanos más básicos sufridas por tantos salvadoreños puedan olvidarse de un día para otro y que las heridas experimentadas se vayan a curar por arte de magia.

Tampoco se puede pedir a los grupos y personas que rehagan sus vidas sin atender a las nuevas circunstancias que la guerra les deja: ruptura con el pasado, ausencia de costumbres y tradiciones viables, falta de aprendizaje adecuado frente a las nuevas condiciones, ausencia de re-

cursos y medios tradicionalmente utilizados para resolver los problemas vitales más inmediatos. El gran número de personas que han sido desplazadas de sus lugares de origen y que hoy alimentan sobre todo las poblaciones marginales de las principales ciudades salvadoreñas constituyen un sector que requiere una atención especial o terminará alimentando la rebeldía y la delincuencia, la protesta y el crimen.

Un importante subproducto derivado de la prolongación de la guerra es el aprendizaje generalizado de la violencia como recurso primero y fundamental para resolver cualquier tipo de problemas, desde los más importantes hasta los más triviales y cotidianos. La extensión de los sectores militarizados (Fuerza Armada, defensa civil, guardaespaldas particulares, por un lado, guerrilleros y milicianos, por otro), la proliferación de armas, la experiencia continua de que por la fuerza violenta se logra, las más de las veces con impunidad total, lo que no hay forma de conseguir por otras vías, todo ello augura un futuro poco esperanzador para una convivencia social que pretenda fundarse en el respeto mutuo y en la paz.

2.3. Persistencia de la polarización social

La persistencia de las condiciones objetivas y subjetivas que constituyen la fuente última de la guerra alimenta la tendencia a la polarización social con todas sus consecuencias, entre ellas el mecanismo de su retroalimentación. Aun cuando se ponga fin al conflicto armado, el distanciamiento hostil entre los diversos sectores que constituyen la sociedad salvadoreña seguirá constituyendo una realidad, al menos mientras no se potencie algún tipo de proyecto nacional capaz de unificar a toda la población. Y eso parece realmente difícil en tanto los sectores dominantes no acepten renunciar a condiciones de privilegio, objetiva y subjetivamente nocivas para el resto de los salvadoreños, que son la mayoría. Dicho en términos más directos, parece difícil eliminar la tendencia a la polarización social en El Salvador mientras siga existiendo un núcleo oligárquico, el cual supedita el ordenamiento socio-económico a sus intereses privados.

2.4. Aparición de nuevos intereses ligados a la guerra

La guerra propicia la aparición de nuevos intereses sociales, en concreto, los de todos aquellos que directa o indirectamente se benefician con el estado de guerra. Aquí no sólo entran los militares, quienes obtienen un poder, un **status** y unos privilegios de todo tipo inconcebibles en tiempos de paz, sino también aquellos sectores económicos que aprovechan el flujo de dinero fácil para hacer lucrativos negocios. En este grupo hay que incluir a aquellos funcionarios que incurren en prácticas administrativas más o menos corruptas, que tanto se ha extendido últimamente, pero también a todos aquellos empresarios que aprovechan la falta de controles propia de una situación de crisis social para lograr un rápido enriquecimiento. Todos estos sectores (militares, administrativos, empresariales) están obviamente poco interesados en que termine la guerra o en que cambien aquellas circunstancias que les permiten beneficios tan grandes y fáciles. Ciertamente, estos nuevos intereses bélicos, análogos a los de la industria de la armamentización, pueden representar un serio obstáculo para el establecimiento de unas estructuras sociales más equitativas y justas como fundamento estable para la convivencia en la paz.

3. Aportes psicosociales a la búsqueda de la paz

Para finalizar estas reflexiones, presentamos en forma esquemática algunas áreas en las cuales los psicólogos pueden desde ahora trabajar haciendo un aporte específico a la búsqueda de la paz (¿“pacificación psicológica”?) y a la posibilidad más inmediata del diálogo.

3.1. Atención a los efectos de la guerra

A la psicología le toca contribuir a restañar muchas de las heridas abiertas por la guerra: atender traumas, rehabilitar a individuos y grupos lisiados o traumatizados por los hechos de la represión y de la guerra, buscar formas de vida que suplan los vacíos abiertos por la destrucción bélica (familias destruidas, niños huérfanos o

La injusticia objetiva se convierte cotidianamente en agravio subjetivo, que hiere la sensibilidad y promueve el inconformismo, la protesta y la rebeldía.



abandonados, etc.). Esto requiere, obviamente, una conciencia clara de la peculiaridad de los trastornos relacionados con la represión y la guerra, así como de las limitaciones de los sistemas psicoterapéuticos tradicionales (ver COLAT, 1981; Lira y otras, 1984; Becker y Weinstein, 1986; Lira, Weinstein y Kovalskys, s.f.).

3.2. Despolarización

Si la polarización social de la población salvadoreña constituye uno de los principales elementos psicológicos que contribuyen a la persistencia del conflicto, una de las tareas más importantes que debe realizar la psicología es propiciar una despolarización tanto de los grupos contendientes como de la vida social en general (del llamado "sentido común"). Se trata, por tanto, de eliminar estereotipos, de desbloquear la comunicación social, y de combatir toda forma de simplismo cognoscitivo que reduce las alternativas comportamentales y propicia la violencia. Este debe ser un objetivo prioritario en todos aquellos ámbitos en que trabaja el psicólogo: la

escuela, la familia, la comunidad, la clínica, la empresa.

3.3. Cambio de actitudes; educación social

Una tarea central para cualquier tipo de "pacificación psicológica" la constituye la formación de actitudes adecuadas para una convivencia en el respeto mutuo y la justicia. Es necesario, por tanto, contribuir a modificar aquellas actitudes más negativas hacia un nuevo modelo de convivencia social, un modelo que sea consistente con las condiciones objetivas del país y las exigencias del desarrollo social, ayudar a eliminar aquellas actitudes que se oponen a un estilo de vida sobrio y solidario, mientras alimentan el despilfarro hiriente, la intransigencia e introducen una mayor dosis de realismo en la búsqueda de soluciones y una presión de signo diferente en el quehacer de los grupos contendientes.

4. A manera de conclusión

Quizá no sea mucho lo que la psicología y los psicólogos salvadoreños podemos aportar pa-

ra la paz en nuestro país, y no conviene llamarse a engaño al respecto. Las fuerzas en conflicto echan raíces en fuerzas económicas, políticas y militares poco dúctiles a la razón y a la palabra, que son los instrumentos principales de intervención psicológica. Es más fácil prender un fuego que apagarlo, echar a correr un rumor que detenerlo, bloquear una comunicación que establecerla, desencadenar la agresión que fomentar la colaboración, la justicia y el altruismo. Con todo, alguna responsabilidad tenemos en esta tarea los psicólogos, y si tan anuentes se han mostrado algunos a colaborar con la "guerra psicológica," mayor es nuestra obligación gremial de contribuir ahora a una psicología para la paz. Poco o mucho, nuestro aporte es necesario y, ciertamente, nadie lo puede dar por nosotros.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Becker, David y Weinstein, Eugenia. (1976). "La familia frente al miedo: Aspectos psicodinámicos y psicoterapéuticos." *Revista chilena de psicología*, 8, 57-63.
- Bronfenbrenner, Urie. (1961). "The mirror-image in Soviet-American relations: A social psychologist's report." *Journal of Social Issues*, 17, 45-56.
- COLAT (Colectivo Latinoamericano de Trabajo Social). (1981). *Así buscamos rehacernos. Represión, exilio, trabajo psicosocial*. Lima: Comisión Evangélica Latinoamericana de Educación Cristiana (CELADEC).
- Doise, Willem; Deschamps, Jean-Claude y Mugny, Gabriel. (1980). *Psicología social experimental*. (Traducción de Juan Farré i Miró.) Barcelona: Ed. Hispano Europea.
- Finlay, David J., Hosti, Ole R. y Fagen, Richard R. (1976). *El enemigo en política*. (Traducción de Aníbal Carlos Leal.) Buenos Aires: Líbera.
- Heradsveit, Daniel. (1981). *The Arab-Isaeli conflict. Psychological obstacles to peace*. Oslo: Universitetsforlaget.
- Janis, Irving. (1972). *Victims of groupthink. A psychological study of foreign-policy decisions and fiascoes*. Boston: Houghton Mifflin Co.
- Lira, Elizabeth; Weinstein, Eugenia; Domínguez, Rosario; Kvalskys, Juana; Maggi, Adriana; Morales, Eliana y Pollarolo, Fanny. (1984). *Psicoterapia y represión política*. México: Siglo XXI.
- Lira, Elizabeth; Weinstein, Eugenia y Kovalskys, Juana. (Sin fecha). *Subjetividad y represión política: Intervenciones psicoterapéuticas*. Santiago de Chile: Fundación de Ayuda Social de las Iglesias Cristianas. (Manuscrito inédito.)
- Martín-Baró, Ignacio. (1983). "La polarización social en El El Salvador." *Estudios Centroamericanos (ECA)*, 412, 129-142.
- Morales, J. Francisco, (1985). "La polarización grupal." En Carmen Huici (Dir.), *Estructura y procesos de grupo*. Tomo II. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED).
- "Nuevo estancamiento del diálogo." (1986). *El Salvador, Proceso*, 255, 17 de septiembre de 1986, págs. 2-3.
- Poirier, Jean. (1970). "Formas de impugnación, de compensación y de transposición de lo real en sociedades en vías de desarrollo." En Jean Lacroix (Dir.), *Los hombres ante el fracaso*. (Traducción de Josep Pombo) Barcelona: Herder.
- Villalobos, Joaquín. (1986). "El estado actual de la guerra y sus perspectivas." *Estudios Centroamericanos (ECA)*, 449, 169-204.
- Watson, Peter, (1978). *The military uses and abuses of psychology*. New York: Basic Books. (Hay traducción castellana.)
- White, Ralph K. (1966). "Misperception and the Vietnam war." *The Journal of Social Issues*, 22. (Todo el número).
- Yanme Capdeville, María Elsa. (1986). "Papel de la prensa escrita en la formación de actitudes belicistas o reconciliadoras en la población urbana de San Salvador." *Boletín de Psicología (UCA, San Salvador)*, 20, 120-127.